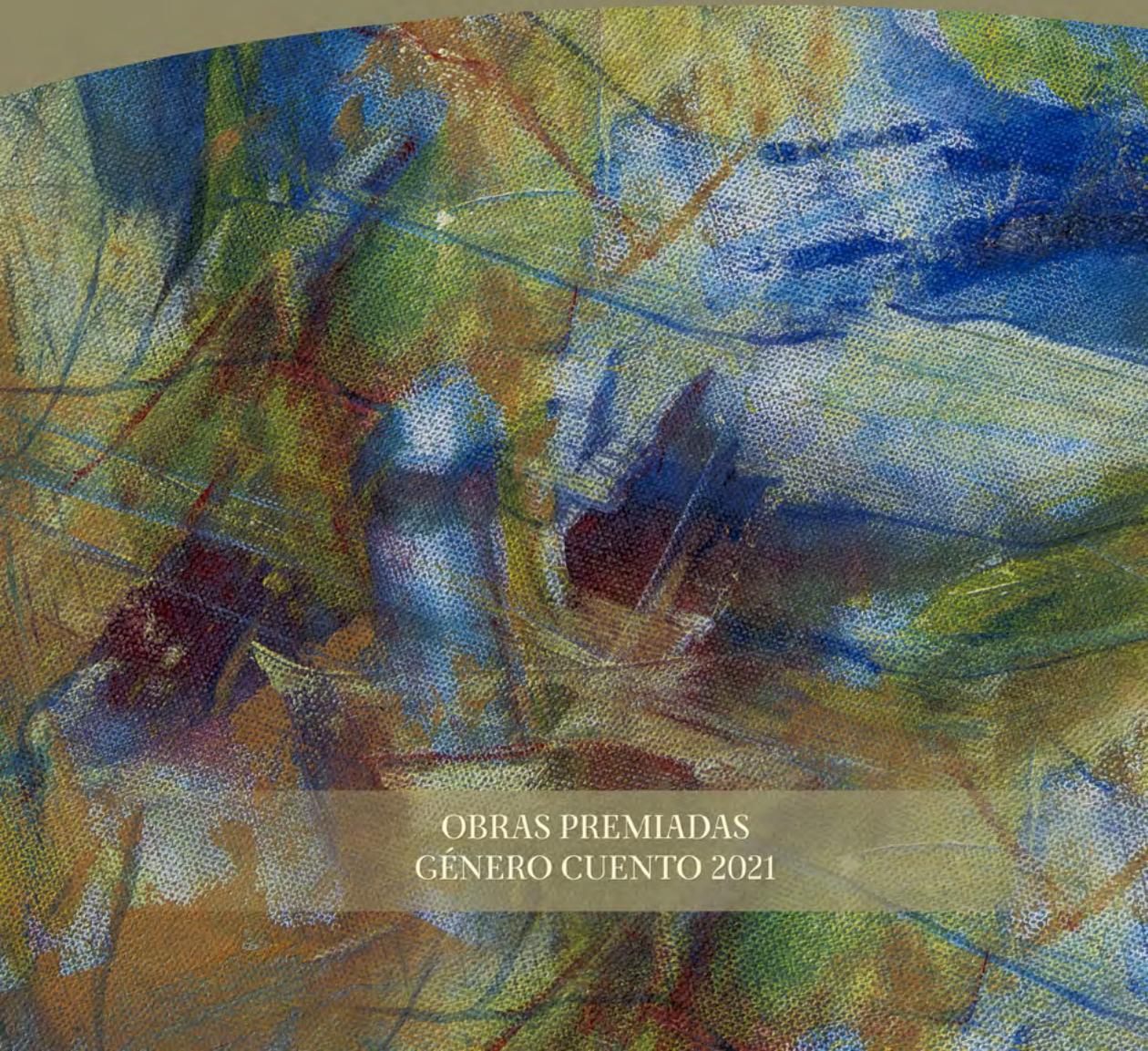


XVIII CONCURSO LITERARIO NACIONAL PREMIO

Stella Corvalán



OBRAS PREMIADAS
GÉNERO CUENTO 2021

XVIII CONCURSO LITERARIO NACIONAL
PREMIO “STELLA CORVALÁN”

OBRAS PREMIADAS

GÉNERO CUENTO
2021

Ediciones Municipales Talca, es una serie de proyectos editoriales sin fines de lucro de la I. Municipalidad de Talca y la Corporación Municipal de Cultura de Talca, que tiene por objetivo difundir contenidos relacionados con el quehacer artístico-cultural, patrimonial y social de la comuna.

Cuenta con un sistema de distribución, que permite poner las publicaciones al alcance de la ciudadanía, a través de establecimientos educacionales, bibliotecas y centros culturales, entre otros medios.

Trabaja con un equipo de profesionales idóneo, que permite velar que los contenidos y estilos sean acordes a la misión y visión de la institución que los acoge.

Juan Carlos Díaz Avendaño

Alcalde de la I. Municipalidad de Talca.

Cristina Zúñiga Araya

Directora Ejecutiva Corporación Municipal de Cultura de Talca.

Dirección Editorial

Centro Cultural Municipal de Talca

Se autoriza la publicación parcial de este libro citando la fuente.

Ilustre Municipalidad de Talca

Registro de Propiedad Intelectual N° 2022-A-4672

Primera edición: 100 ejemplares.

Talca, Mayo de 2022.

Diseño y diagramación: Luz María Gutiérrez Tapia.

Pintura de portada: Pablo Améstica Miño.

Coordinador de la Edición y Corrector de Estilo: Adriano Améstica.

Ediciones Municipales Talca

Corporación Municipal de Cultura de Talca

Dirección: 1 Oriente 1640 – Talca

www.talca.cl

**XVIII CONCURSO LITERARIO NACIONAL
PREMIO “STELLA CORVALÁN”**

OBRAS PREMIADAS

**GÉNERO CUENTO
2021**

PRÓLOGO

EL ARTE DEL BIEN NARRAR

Cristian Montes Capó

Doctor en Literatura

Profesor de Literatura Universidad de Chile

El día 29 de enero de 2022, se adjudicaron los premios del Concurso Literario Nacional “Stella Corvalán”, versión año 2021. Fue coincidencia, entre los jurados, el haber constatado la calidad literaria que posee la mayoría de los cuentos que participaron. Por tal razón, no fue fácil la decisión de escoger los tres primeros lugares y tres menciones honrosas. Características como la claridad narrativa, la esmerada estructura formal, la consistencia en la configuración de los mundos representados y el oficio que se observa en cada uno de los relatos ganadores, son sólo algunos de los aspectos que sobresalen en los siguientes cuentos ganadores del certamen:

Primer Premio: *La taza rota*, de Paulina López Montecinos.

Segundo Premio: *El arte de Rubén*, de Víctor Sáez Alarcón.

Tercer Premio: *La vuelta a la manzana*, de Nathalie Moreno Arqueros.

Mención Honrosa: *Klóketen, volverse un hombre*, de Fabiola Castillo Rojas.

Mención Honrosa: *Trenes y abismos*, de Fernando Valenzuela Ruiz.

Mención Honrosa: *El señor que quería irse del condominio*, de María Catalina Ruiz Schneider.

I- Paulina López Montecinos desarrolla en *La taza rota* una temática escasamente trabajada en la narrativa chilena, como es el caso de una historia de amor entre dos mujeres. La narración en segunda persona es la estructura formal escogida para expresar tanto el tipo de intimidad existente entre narrador(a) y narratario(a), como los diversos planos de sentido. Uno de estos cristaliza en el ámbito del cuerpo, lugar material y espiritual que ofrece un punto de vista sobre la experiencia vivida. El cuerpo, como surtidor de significados, exhibe su materialidad, sus demandas y sus ritos cotidianos. Al mismo tiempo, en el *fluir-devenir* del cuerpo, un código visual nutre el nivel psicológico de los personajes, a partir del ejercicio de la mirada, la que a su vez es una vía de interpretación. La mirada interpreta las señales de ese cuerpo que describe, sus gestos, sus afirmaciones y negaciones, sus presencias y ausencias.

En cuanto al plano psicológico, la tematización de una historia de amor-desamor, a partir de una subjetividad altamente reflexiva, va dejando al descubierto los fantasmas de la relación, los miedos, las inseguridades respecto a lo que pueda hacer sucumbir el frágil vínculo, los celos confesados y los que quedan en silencio, el temor a la pérdida. *La taza rota* es un cuento cuya polivalencia simbólica permite distintas entradas interpretativas y maneras de procesar la dualidad vida-muerte, como también el complejo vínculo existente entre el arte y la vida.

II- *El arte de Rubén*, de Víctor Sáez Alarcón, es ante todo un cuento de personaje. Alrededor de su excéntrica personalidad van acumulándose los núcleos semánticos que conforman el nivel de la historia. Se perfila como un sujeto descentrado y siempre más acá o más allá de donde debiera estar para que sus decisiones y acciones vitales puedan llegar a buen término, para él y para quienes lo rodean. Por otro lado, el nivel de la enunciación convoca al lector a una representación de mundo carente de trascendencia o mínimos asomos metafísicos. Lo que predomina son los instintos vitales, lo

palpable a ras de tierra, una idea de realidad donde el supuesto misterio de la existencia es reemplazado por las vicisitudes del cuerpo y su desgaste, la comida, la bebida, el descontrol de la propia vida, etc. El título del cuento, como condensador de un mensaje último, resignifica la palabra arte y la sitúa, justamente, en medio de la materialidad humana, demasiado humana.

El supuesto arte que Rubén ejerce es el lograr enredar todo lo que hace, produciendo embrollos que comprometen a los demás, pero principalmente a sí mismo. Como dice el narrador: “El tiempo fue su enredo preferido”. Rubén no es sólo un individuo irreverente, sino también ultra sensitivo, hipersensible, características que, sin embargo, flotan y sucumben ante las situaciones carnales que experimenta y la desacralización constante de todo lo que pueda “oler” a seriedad. A pesar de ello: “Rubén es un artista a su manera”; sin embargo, el discurso no se explaya -y esto es bienvenido en términos artísticos- en las razones que pudiesen reforzar su audaz hipótesis. Quedan así suspendidas las eventuales preguntas que el lector pudiese hacerse, entre ellas, por ejemplo: ¿Qué entenderá por arte el narrador? ¿En qué sentido sería un artista el carismático Rubén? ¿Qué relaciones entre arte y vida son insinuadas en el cuento?

III- El cuento de Nathalie Moreno Arqueros, *La vuelta a la manzana*, recupera un tema significativo y recurrente en la literatura, como es la dualidad: herencia-tradición, en el desarrollo de los seres humanos. En este caso, son los valores familiares los que configuran la impronta y el destino del personaje central. Aspectos como la presencia del azar o el factor sorpresa en el acontecer de cada ser humano, la calle como el lugar de lo imprevisto, la importancia de atender las señales que la realidad envía, etc., son motivos literarios que operan como marco situacional en el que se escenifica una profunda relación amorosa entre el personaje central y su abuela. Será este vínculo el sustrato afectivo que sostendrá un itinerario guiado por el aprendizaje de ciertos saberes y la internalización de determinados

principios. El sentirse la nieta inserta en un rito de transición, el descubrirse como un incipiente objeto de deseo, la madurez que se desea alcanzar, son motivaciones que inciden en la salida del hogar, del espacio protector. El motivo del viaje es el elemento estructural que permite que el rito de pasaje vaya consolidándose y que el personaje pueda irse convirtiendo en quien ha escogido ser. Tales características del mundo representado inciden en que la esperanza en el ser humano sea el sentimiento que prime en el tejido emocional del texto. Aprender a cocinar, a reconocer los aromas, los olores, los secretos de la cocina es la vía privilegiada de adquisición de experiencias y conocimientos que se van obteniendo y entregando a los otros en el transecurrir de la vida, del viaje, del movimiento constante, de una tradición que felizmente continúa.

IV- En *Klóketen, volverse un hombre*, de Fabiola Castillo Rojas, la trama se concentra en la vida y costumbres de la etnia *selknam*, en Tierra del Fuego. La narración da cuenta del espacio físico donde sus integrantes viven, el carácter sagrado de su relación con la naturaleza, su mitología, su concepción del ser humano, la persecución a la que son sometidos, los asesinatos que diezmaron la población, el hambre, sus crisis de subsistencia y la debacle física y simbólica que generó la destrucción de su cultura. El cuento expone una crítica explícita a la codicia de quienes llegaron a sus territorios, las “bestias claras” que les arrebataron sus formas de vida y los convirtieron en un triste espectáculo para foráneos desconocedores de su cultura y cómplices de la deshumanización a la que fueron sometidos. El discurso de la narradora evidencia admiración por ese pueblo y su visión de mundo, especialmente por sus ritos ceremoniales, como el *Hain*, rito de pasaje que marca el proceso en que un niño se convierte en adulto. El niño-hombre *Klóketen* deviene símbolo y a la vez encarnación del crimen cometido en contra de todo un pueblo y su cultura.

V- El tren ha sido desde tiempos remotos, un estímulo privilegiado para la imaginación literaria. Asociado al motivo del viaje, el tren se erige con frecuencia, en metáfora que condensa las variadas disposiciones psicológicas de quienes lo evocan en sus relatos. En el cuento *Trenes y abismos*, de Fernando Valenzuela Ruiz, el tren, más que una máquina que moviliza personas de un destino a otro, es un objeto signifiante que posibilita conectar los tiempos pasado, presente y futuro, a través del ejercicio de la memoria y del acto de recordar. La conciencia del narrador se proyecta a su infancia y, especialmente, a la figura de su abuelo, proyección mediatizada por la virtuosa relación entre el motivo del viaje, el tren y el concepto de aventura. El tren se erige en el foco principal del discurso, describiéndose con precisión sus características más relevantes, su mobiliario, sus itinerarios, etc. El tren es un espacio vital en movimiento, en el que se agudizan los sentidos del narrador, mientras recuerda algunos momentos trascendentes de su vida. El sentimiento de nostalgia que habita en el relato, el que es transmitido de manera nítida al lector, cristaliza en una escritura donde lo narrativo se funde con lo lírico, en una acertada imbricación de los recursos artístico-escriturales utilizados.

VI- Narrar desde la perspectiva de una subjetividad infantil, con la ingenuidad asociada generalmente al punto de vista escogido, incide, como es de esperar, en las características que adquiere lo narrado. Y si, además, estructuralmente el relato está narrado desde una focalización interior en el personaje que ve, siente, narra y describe, la interpretación de los hechos estará fuertemente signada por las marcas que dicha subjetividad proyecta en sus enunciados. En este sentido, las reiteraciones de ciertos giros expresivos, la puntuación por momentos descuidada o la incoherencia en y entre los tiempos verbales utilizados, más que “descuidos” en la composición del texto, *El señor que quería irse del condominio* de María Catalina Ruiz Schneider, responden estilísticamente a la excitación o ansiedad que a veces

caracteriza el discurso infantil. Al interior de este registro de habla, es fundamental la presencia de la gata de la niña narradora, un animal con características humanas, dotado de una agudeza y lucidez que la convierten en el principal referente afectivo del niño.

En el cuento, sin embargo, se irá perfilando otro nivel de realidad, donde hacen ingreso contenidos narrativos y situaciones que, al interior del terreno de lo fantástico, perfilan una escena donde la historia narrada se vuelca ahora a tiempos de la dictadura militar. El texto denuncia así, a nivel del discurso de las ideas, la represión, los crímenes, las torturas y las desapariciones que se produjeron en el país con total impunidad. El trauma individual y el colectivo, la necesidad de seguir realizando un ejercicio de memoria por lo sucedido en el país, el imperativo de justicia y la persistencia de un duelo al parecer interminable, son unidades temáticas que hacen de *El señor que quería irse del condominio*, un cuento representativo de lo que se ha definido como narrativa de postdictadura.

VII- Sólo unas últimas palabras, para enfatizar que los cuentos aquí premiados, independiente de los diferentes tipos de escrituras, de estilos, de estructuras narrativas utilizadas y de modalidades discursivas empleadas, son textos que logran articular y contar, cada uno a su manera, muy buenas historias. Y esto no ocurre únicamente en el plano compositivo, sino también en la manera en que los textos dialogan con los contextos sociales de producción. Son cuentos que evidencian una buena escucha del mundo parlante, ofrecen sugerentes dimensiones del discurso social y, además, demuestran la vitalidad del género en el presente de las letras chilenas: El arte del bien narrar es virtud notable, significativa, en quienes crearon los relatos reunidos en este libro.

Santiago, Abril 12 de 2022.

PREMIO
“STELLA CORVALÁN”
2021

LA TAZA ROTA

PAULIÑA LÓPEZ MONTECIÑOS

Por la puerta del baño entreabierta estudio el modo en que te encremas las piernas, te aplicas desodorante y te detienes en los finos pliegues en torno a los ojos. Te echas limpiador, suero hidratante, luego crema de cara. Delineas tus párpados. Siempre sigues la misma rutina; un orden amado que da sentido a nuestra vida juntas, a mi jaula de vidrio que ahora se rompe y cuyos fragmentos están suspendidos en torno a este hogar.

Me sorprendes mirando y sonríes sin saber, y te equivocas conmigo susurrando en mi oído al pasar:

–Te amo, bonita.

No puedo sonreír, pero te beso en la frente y te despido apretando tu mano, llevando el dorso a mis labios cerrados.

–Nos vemos, señora. Mándame un mensaje de si te juntas con el curador o no, a ver si nos vemos más tarde, ¿ya? –dices y apenas esperas mi gesto de adiós antes de salir por la puerta.

Me quedo de mangas arremangadas, con frío por el viento de cordillera que entra por la ventana que abrí como todas las mañanas, sosteniendo la taza rota que es mi último proyecto. Con frío por algo más, algo que desea ser capaz de repararnos y enmendar las grietas entre nosotras con *kintsugi*, sanándonos con certezas de oro puro.

Llevábamos apenas dos o tres años de pololeo cuando conociste a esa gringa flaca con la que te enredaste. Me hablaste. Sentiste la necesidad de escapar del encierro de la vida de a dos, lo acepté y abrí la puerta. Me quedé ahí, nos comunicamos. Eres así y te abrazo como una obra de arte, un cuadro complejo cubierto de cardos en flor y de hortensias de otra dimensión. Frondosa, salvaje, libre. Así te amo, por eso me casé contigo.

Esto es diferente. No sé cuándo empezó y ni siquiera recuerdo si fue antes o después de tu viaje a México, si ya era invierno o todavía estábamos en otoño. Comencé a sentirme inquieta. No sabía bien por qué, pero se construyó un dique, una ansiedad que iba creciendo como el nivel de agua al otro lado de la muralla. Para cuando me di cuenta, tenías la mirada enganchada en algo que sucedía más allá de nuestra puerta. Estábamos juntas y de pronto te sumergías en una burbuja, absorta en un pensamiento que no compartías. Te cortaste el pelo y compraste zapatos nuevos; cambiaste el perfume y las aplicaciones en el celular.

Entonces formulé las preguntas, agitando mis manos como niña chica en clases de arte, y te defendiste con justa razón porque nosotras no hacemos eso. ¿Que si pasaba algo? ¿Que si habías conocido a alguien más? Que no, que no, que no, decías y apretabas la boca. No nos controlamos, confiamos; y yo no tenía pruebas. Al final apagué mis manos y no dije más, pero las dudas hicieron nidos en mi cabeza, pusieron huevos y tuvieron hijos.

Tienes abiertas las redes sociales, tu celular y tu computador. Me sé varias de tus claves, aunque nunca las uso porque son para emergencias..., me sé tu RUT y tu fecha de cumpleaños. No conozco tu signo zodiacal porque no hago caso de supersticiones. Pero es como si de pronto hubiese descubierto que eres virgo, después de tantos años de relación es como si entendiera que sólo conocía esa fracción de ti que amo y de pronto saliera a la luz que provienes de un molde que no me interesa conocer, pero que no es como tú. Como te conozco. Porque no es la infidelidad lo que no puedo soportar; es la mentira que ocultas, la traición que cometes.

Nunca nos pedimos explicaciones, pero nos contamos los detalles de nuestros días. Casi siempre soy yo la que viaja, por las exposiciones y porque tres veces al año me toca dar una clase maestra en la facultad de Artes en la Universidad de Viena. Trato de reducir mis salidas a una semana o dos, máximo, para que tengamos tiempo de extrañarnos, y al mismo tiempo de recordar lo que pasa, para ese café en la mañana donde te cuento y tú me cuentas. Pero a veces también te toca a ti, y cuando volviste de México y te vi allí, en la cama, sosteniendo el tazón con el dibujo de oso que te regalé y que te hace reír, de pronto comencé a notar los espacios entre tus historias.

Contaste que fuiste con los colegas al centro del DF, a tomar un trago, y que estuvo tan bueno. Que al día siguiente apenas podías abrir los ojos. Te reíste y miraste hacia abajo, un poco avergonzada. Pero que ya, en realidad no había tanto que contar, que estás feliz de estar de vuelta en casa. Te encogiste de hombros y soplaste el café. Y mi corazón se saltaba los latidos junto con las omisiones que se quedaban en la luz de tus ojos y en tus labios que no temblaban al mentir.

Venía de mi exposición en Nueva York y te traje una pintura. Tampoco solía regalártelas porque tú no eres así; admiras mi arte, pero no va contigo. Esta obra era especial, la pinté en una urgencia y sintiendo que tenía

tu nombre. Y sólo la viste de reojo, pasaste de ella con un beso al aire y no te diste cuenta de que, aunque era pequeña, estaba hecha a la medida para nosotras: representaba un tazón japonés ancho en el borde, delicado pero hogareño, con carácter, pero perfecto. Tenía la honestidad y calidez que entrega el vidrio en el ritual del té compartido. Como el amor entre nosotras, antes de tu expresión al borde del interés, de tu gesto en transición entre lo que estabas haciendo y lo que ibas a hacer, sin tiempo para detenerte a contemplar el cuadro y de vernos reflejadas.

Entonces algo en mí empezó a mutar, y me transformó en el signo que desconocía. Porque fue cuando nació el primer vestigio del cáncer que es esta sospecha, y que ahora creció como una metástasis debajo de mi diafragma impidiéndome respirar. Quería decírtelo, pero no podía; mis manos no sabían hablar, apenas pintar.

Y pinté: quinientos pájaros, mudos como yo, con el pico abierto intentando cantar, atados con un nudo en cada garganta emplumada. Quinientas aves rojas en un mosaico, una bandada enloquecida que huía de mi centro.

Entonces al fin la reconocí; era esa colega habladora que de pronto se transformó en géminis, que de ser aquella visita ocasional con whisky a las rocas y tabacos enrollados se coloreó con emociones y estados de ánimo que comentabas justo antes de decir algo más que se quedaba atrapado en tu garganta.

Fue el día de tu cumpleaños. Se habían despedido casi todos los amigos, yo acababa de dejar las copas sucias en el lavaplatos y salí al patio para acompañarlas. Estábamos sentadas, las tres, fumando, cuando empezó a sonar una canción de *Soda Stereo* y de pronto intercambiaron una mirada como un reflejo de sol. Miraron al suelo. Te paraste y fuiste a subirle el volu-

men al altoparlante, y ella también se incorporó, pisó el cigarro y metió las manos en los bolsillos como escondiendo el secreto.

Y yo no podía preguntar porque nosotras no hacemos eso.

Hasta hoy. Llegaste tranquila esta tarde y dejaste la chaqueta de lado, peinándote con la mano descuidada, envuelta en el olor a jabón y bálsamo de una ducha que no es la nuestra. Bostezando con los ojos brillantes. Y el vacío en mi diafragma creció en proporciones y se dio vuelta y me moldeó, como una taza de porcelana fina, estrecha y corrupta. Tú me miraste y dijiste:

–Qué pálida estás.

Y no sabías que estaba atrapada debajo de la fría loza y que se me acababa el aire. Para avisarte, saqué el taller al patio y pinté un lienzo enorme, el más grande que había creado, en toda la muralla. Me demoré toda la noche y la mitad de un día. Y al final, allí había una taza de porcelana con una herida afilada, y los trozos esparcidos por el suelo apuntaban todos a ti.

Y la examinaste y te reíste, un poco como antes, y la admiraste:

–Es hermosa.

Pero en tu pelo y en tus labios y en el rabillo de tus ojos te estabas empezando a vitrificar.

–Deberías llevarlo a Nueva York, te lo digo en serio. Tu colección no está completa sin esta pieza –concluiste.

Y yo sabía que ya estabas cansada y que querías que me fuera. Y te miré y sé que mis ojos estaban negros y dentro de mí una sustancia como petróleo lento estaba a punto de explotar.

Y antes de que nos mataras, entré a la cocina que estaba llena de vajilla de porcelana, de todas esas creaciones de oro y cerámica pintadas por mi mano cuando mi sangre era roja. Y la que era ahora yo, latiendo sin aire, llena de sustancia ponzoñosa y muerta, arrojó las cerámicas al suelo y gritó sin voz. Y tú no sabías nada, no entendías nada.

Pero yo sabía que sí, que entendías, aunque no fueras así. Y terminé mi obra de arte porque sin ti en ella, sin ti clavada en los trozos de porcelana, no estaba completa.

SEGUNDO PREMIO

EL ARTE DE RUBÉN

VÍCTOR SÁEZ ALARCÓN

A su manera, fue un artista.

Nadie como él para enredar las cosas, las personas y el tiempo.

...No entiendo a esa gente incapaz de disfrutar un poco de alcohol, antes de dormir o al despertar, repetía con la misma convicción de un kamikaze.

Alguna vez, también le escuché decir, que antes de morir (además de ver las 1.001 película que recomiendan los expertos), le gustaría viajar por el Amazonas llevando sólo cajas con whisky y papas fritas con sabor a ciboulette.

Ideas que nunca pudo concretar, principalmente por falta de tiempo..., debido a su muerte casi prematura.

La pereza marcó su ruta.

Aunque para algunos, como yo, sólo era sabiduría y sentido común aplicado hasta las últimas consecuencias.

Su modo de creer que nunca es demasiado temprano como para estar cansado, o demasiado tarde para comer helados a medianoche en invierno, era su tarjeta de presentación.

...Para sobrevivir, lo único que necesito es algo para beber, algo para fumar, muy poco para comer y una mujer..., ojalá el último viernes de cada mes, me lo recordaba cada vez que nos veíamos y yo preguntaba por sus cosas.

Trabajó siempre lo justo para no deberle nada a nadie, nada más de lo estrictamente necesario.

Tanto cansancio y tan poco sueño fijaron su manera de ir por las cosas como si todo le diera lo mismo o ya lo hubiese vivido, por lo menos un par de veces, antes de hincarle los dientes esta vez.

A pesar de eso, su talento estaba en enredar las cosas.

En eso fue un maestro.

Tenía conciencia de su misión en la vida *...Todo puede ser más difícil de lo que la gente cree y yo estoy para recordárselo*, solía repetir, mientras sonreía.

Verlo pedir algo en un restorán era una experiencia para guardar en la memoria. Una verdadera obra de arte. Pinceladas de un elegido. Aunque los garzones no siempre pudieran entender.

Rubén era un artista.

Como todos ellos, incomprendido.

En otra época, o circunstancias, podría haber sido un ícono del romanticismo alemán o Papa del Renacimiento...pero, *Nadie está donde debe, sino donde puede*, tal y cómo escribió en cierta ocasión en el espejo de su baño.

Su pequeño departamento fue siempre una especie de cenáculo pagano, abierto apenas (y de vez en cuando) para algunos peregrinos somnolientos y mal pensados.

Nada extraño, entonces, que el tiempo ahí también se convirtiera en un enredo, medido en estornudos, corchos y ronquidos. El arte en su expresión más pura, desde Altamira a nuestros días. Cuerpos pintados con restos de alquitrán y soda cáustica.

La mezcla casi perfecta para reemplazar fotografías o desodorantes.

Pequeños anticipos de inmortalidad, que sólo Rubén sabía convertir en algo entretenido o por lo menos al alcance de las copas y los dientes.

...Los astros no mienten, todo está escrito desde siempre, para quien sepa leer en ello, así me contestó cuando le pregunté por qué un tipo como él creía tanto en horóscopos, orishas, caracolas, borra del café y en un largo y esotérico etcétera.

...Sé muy bien cuántos serán mis días en esta encarnación..., ya te vas a enterar, cada ciclo debe cumplirse... Así fue como agradeció mi regalo en su penúltimo cumpleaños. Uno de los mejores que recuerdo haber compartido con Rubén. Anduvimos casi una semana con cara de venir saliendo de un coma profundo.

Sin saberlo, aquella fue la despedida oficial.

A su último cumpleaños ni siquiera yo asistí.

Me encontraba entre los brazos y las piernas de una vieja amiga, que venía saliendo de un episodio lésbico-masquista de casi tres meses, junto a una mujer policía.

Los matices de su aprendizaje me dejaron boquiabierto y deshidratado.

Si se cuenta con el tiempo necesario hasta un secador de pelo puede provocar un huracán o convertirse en martillo.

El ojo de la cerradura no permite nada más. Ahí es cuando los pasillos se llenan de ángeles caídos y ojerosos, con problemas estomacales y prurito en las axilas.

No creo, en todo caso, que Rubén me haya extrañado.

...Para espantar o atraer demonios, lo mejor es la música o un sorbo de agua bendita... Lo decía y lo creía, como si viniese bajando de un ascensor a un costado del Monte Sinaí.

Los boleros le daban sed y lo hacían llorar, la música tropical lo hacía sentir torpe, el tango lo dejaba silencioso y le reseca los labios, sólo las baladas medievales francesas y el *Bossa Nova* conseguían equilibrar sus demonios y dejarlos ronroneando a sus pies, como gatos gordos y castrados. Aquí su talento tomaba rumbo al silencio, como si caminar descalzo sobre el pasto fuese suficiente para ponerlo a salvo de resfríos y gente impertinente.

La música es irremplazable a la hora de una buena digestión o de llenar carros en el supermercado cada fin de mes.

Siempre que pudo enredó las cosas.

Lo hacía con elegancia y sobriedad, sin requiebros ni autocomplacencia.

Un artista con algo de astronauta y otro tanto de estrella porno tercermundista.

...Toda mujer merece, por lo menos una vez en la vida, disfrutar de un hombre como yo..., le dijo a Laura la noche en que la conoció.

Ella decidió, luego de la segunda copa, llevarlo a su departamento y comprobar la advertencia de Rubén.

Estuvieron probando, y comprobando, seis meses hasta que ella prefirió darle la oportunidad a otra de vivir la misma experiencia.

Laura se fue un buen día con un fotógrafo y no regresó.

Rubén reparó en su ausencia recién a los quince días de la partida. Sus días, tan cargados de idas y venidas, lo ponían a salvo de ciertos detalles innecesarios.

El arte, casi siempre, es un modo de vida y la mejor excusa para la acidez estomacal.

Rubén fue un artista, generoso en fastidiar a los demás, pero también a sí mismo. Su talento lo superó.

Algún día, quizás, sea leyenda, un mal recuerdo o un motivo para brindar en los asados.

Por ahora, es sólo una foto pegada a la pared. No es poco para empezar.

...Mañana te llamaré para que nos tomemos un trago..., fue el último mensaje que envió a mi celular.

Ese mismo día, durante el almuerzo, un traicionero hueso de pollo atravesado en su garganta, terminó con sus días y con esta encarnación.

Nunca viajó al Amazonas, como ya dije.

Sólo alcanzó a ver 87 de aquellas 1.001 películas que recomiendan los entendidos para antes de morir.

Cosas del arte, fronterizas, capaces de incendiar lo que tocan, o de vez en cuando, convertir a alguien en inmortal o por lo menos recordable. La simpatía tiene otro precio y nunca se ha llevado bien con el arte ni con los desfiles.

Los simpáticos son como elefantes lanzados en parapente.

Rubén nunca fue simpático. Ni siquiera lo intentó.

Le bastaba con enredar las cosas, las personas y el tiempo. Era su arte, su *non plus ultra...*, su aspirina en ayunas un domingo por la mañana.

En su próxima reencarnación, seguramente, no recordará nada de esto, ni siquiera dónde dejó los discos de *Bossa Nova* que le presté.

...Desconfío de la resurrección si es que significa usar el mismo cuerpo, con la misma lengua, dos veces y en el mismo planeta..., decía el correo electrónico que me envió ese domingo del año en que un conejo esconde chocolates para que los busquemos y seamos más buenos, felices y generosos.

La fecundidad del conejo y la dulzura del cacao, mezcla perfecta y sobrenatural para los que dudan de la vida eterna o desprecian los mariscos en Viernes Santo.

En todo caso, estos asuntos tenían para él la misma importancia que llegar a saber, por fin, qué fue primero si el huevo o la gallina.

Murió en la incertidumbre, tal y como suelen hacer los iluminados o los pilotos de aviones comerciales.

...Hay preguntas que es mejor no hacer y respuestas que es mejor no conocer... Así era como salía de temas que nunca le importaron o cuando le preguntaban por una dirección.

Costumbre de recolector de algodón con problemas de lumbago y hemorroides.

Cada vez que las cosas se pusieron cuesta arriba para él, ni siquiera acusó recibo de los problemas o contratiempos.

Alguna vez guardó silencio por Laura, pero nada más.

Los domingos por la tarde se dedicaba a inflar globos que después ponía debajo de su cama.

Cosas del arte, al borde de la sinceridad y los antiinflamatorios, como un día de campo en el desierto de Irak.

Rubén, a su modo, fue un artista.

El tiempo fue su enredo preferido, más allá de relojes, calendarios, seguros de vida y exámenes prostáticos, logró convertirlo no sólo en condena, sino también en fracaso, sólo comparable con él mismo o con el hundimiento del *"Titanic"* (Di Caprio incluido).

Inauguró la semana de cinco días.

No salía de su casa ni lunes ni jueves.

Nunca quiso explicar el motivo, pero siempre he creído que se trató más de una protesta que de una locura. Un modo seguro de enredar el tiempo, para, en definitiva, mirar desde afuera y sonreír como sólo saben hacerlo los cínicos o los sabios.

TERCER PREMIO

LA VUELTA A LA MANZANA

NATHALIE MORENO ARQUEROS

Lo que está vivo se mueve y punto. Así de simple y categóricamente resumía Elvira lo que había aprendido en sus muchos años comparando piedras, muertos, enredaderas y hormigas, por lo que le bastaba encontrar a la niña más quieta de lo que ella consideraba prudente para que, con firmeza, la mandara a recorrer la calle hasta darle la vuelta a la cuadra donde vivían. En tales ocasiones, no había argumento que hiciera renunciar a la abuela. Y ante los rezongos de su nieta, le repetía siempre lo mismo: *—Hágame caso m'hijita, mire que las vueltas, son las que dejan.*

Después de las primeras salidas, la pequeña le encontró la razón a su abuela porque siempre durante sus paseos ocurría algo y volvía enriquecida. Nunca una vuelta a la manzana era igual a la anterior. Bien se cruzaba con alguien que no había visto hacía tiempo, o se enteraba de la llegada de un nuevo vecino, se encontraba una moneda tirada y podía comprarse un cubito de jugo congelado, o la dueña de la verdulería le daba a probar una fruta desconocida, o ayudando a la mujer del zapatero a que su hijo se tomara a cucharaditas el jugo de un durazno en conserva, aprendía a bajar la fiebre de un niño.

De todo eso, había pasado bastante tiempo. Sus pechos ya se acercaban a la adultez y reclamaban sus privilegios. Cuando se dio cuenta de que sus muslos retenían con más frecuencia las miradas de los amigos de su hermano y que la casa que habitaba se había vuelto tan pequeña que ya no cabían en ella sus sueños y amenazaba con extinguirlos, Ninon decidió partir.

Ese día preparó con calma un mínimo bolso y se despidió de cada trozo de muro que había rayado y escalado siendo niña. Besó tiernamente las bisagras de las ventanas que nunca la traicionaron y que cedían alegres a la presión de sus manos infantiles buscando un poco de aire fresco. Luego, se metió debajo de la cama y permaneció largos minutos en esa dulce oscuridad como si supiera que sería la última vez que disfrutaría de ese refugio que tantas veces la salvó de las miradas y las golpizas. Cuando el suelo dejó de ser mullido y le dijo con su dureza que era hora de partir, Ninon se secó las lágrimas y caminó hasta el fondo del patio donde estaba la habitación del único ser que recordaba haber amado: su abuela Elvira. La encontró recostada, envuelta en un alto de frazadas y le pareció más pequeña. Aunque resultara absurdo, durante la noche su abuela se había encogido.

Al ver a Ninon, la anciana se incorporó y empezó a hurgar ansiosa en una caja de metal que guardaba bajo su cama. Pronto encontró lo que buscaba y lo separó del manojito de cachivaches que constituían el tesoro acumulado en su larga vida. Luego, sin apuro, prendió uno de sus fragantes cigarrillos y se quedó mirando a su nieta. Ninon no quería llorar, pero lloraba. Como siempre, su abuela había leído su corazón y una vez más le demostraba que lo conocía mejor que ella misma. Ninon se acurrucó junto a su abuela y la cama crujió como si fuera a partirse. Y ambas se rieron de que incluso el viejo catre opinara que ya no era una niña y había llegado el momento de emigrar. Aún riéndose, la abuela le entregó a Ninon lo que tan afanosamente había estado buscando. Era una fotografía amarillenta y craquelada. En ella aparecían dos jovencitas: Elvira y Romualda Peillín, a

quien su abuela, aun no compartiendo la sangre –o quizás por eso mismo–, amaba como a una hermana. Elvira había guardado con celo esa fotografía para cuando fuera necesario y ese día había llegado.

Entonces Ninon comprendió con todo su cuerpo, que esa era la brújula que le faltaba: debía encontrar a Romualda a como diera lugar. Sabía que, aunque sólo tuviera el nombre del remoto lugar donde vivía, el pueblo de Tres Esquinas era el extremo de la hebra que debía seguir y que su abuela le ponía ovillada en la mano. Su certeza era tal, que daba la impresión que hubiera escuchado el silbato del tren que hacía años esperaba y que le anunciaba su partida. Despojada de toda duda, a Ninon sólo le quedó el dolor del estómago apretado, mismo que sentía cuando siendo niña su abuela la obligaba a ir a dar una vuelta a la manzana. Su abuela, como si supiera que necesitaba un último empujón, la despidió: *–No se demore más, chinita mía, los dioses la están llamando.* Ninon nunca entendió del todo las cosas de que hablaba su abuela, pero no le importaba. Le pasaba con ella lo mismo que con mil cosas que no comprendía pero que la hacían feliz. Con eso me basta para vivir, exclamó sin pensar y no pudo evitar sonreír al darse cuenta que comenzaba a hablar como ella.

La abrazó fuerte. Primero le besó la frente y luego, con un rítmico zigzag, fue besándole los ojos y las mejillas. Varias veces el péndulo de su boca estampó un largo beso de cada lado. La abuela cerró los ojos para que no se le escaparan esos besos que la sumían en un dulce sueño. Luego se tapó con las manos las orejas y cerró cada poro de su piel para retener la tibieza que la inundaba. También cerró la puerta de su boca, pues desde aquel día ya no tendría nada más que decir. Sus palabras sólo se alborotaban por su nieta y sin ella, ya no tenían sentido.

Ninon salió de la habitación y apurada atravesó la casa. No se encontró con nadie de su familia, lo que constituía un alivio, pues no quería despedirse

y no tuvo que hacerlo. Dejó una simple nota explicando que partía lejos y se fue. Estuvo más de dos días viajando. En su trayecto contempló los más variados y extremos paisajes. Ver pasar quebradas y desiertos, costas rocosas y valles floridos la serenó enormemente; cada paisaje le hablaba a su alma y podía reconocer un acontecimiento de su vida en cada accidente de la geografía. Así, cada recuerdo fue quedándose en el lugar que correspondía, aliviando su pesada carga. Al cabo de un tiempo Ninon se volvió tan ligera que, de haber querido, habría volado.

Romualda, la tía-abuela que fue a buscar, resultó tener los brazos tan abundantes como su corazón. Y aunque tuviera bastantes más años, se mantenían intactas en ella la espléndida sonrisa y la oscura cabellera que lucía en la fotografía que le dio su abuela. Por eso a Ninon no le costó reconocerla entre las mujeres que arañaban la tierra buscando papas que atesoraban en el faldón. Ninon se quedó mirándola fijo hasta que Romualda se enderezó. Entonces la mujer dejó caer las papas y las lágrimas, y un estremecedor grito de “¡Elvira!”, precedió una carrera impensable para sus años.

La vieja Romualda sin dejar de gritar incoherencias, cubría de besos a la joven; la pellizcaba y le desordenaba el pelo y, riéndose, le daba fuertes palmadas en las nalgas con la alegría propia de una hembra jugando con su cachorro. Veinte minutos le tomó a Romualda entender que a la que tenía entre sus fuertes brazos no era Elvira, sino que la nieta de aquella. Cuando por fin cayó en cuenta de su error, fue como si su reloj emocional hubiera vuelto a cero, por lo que se tomó otros veinte minutos más en saludar, con la misma o mayor efusividad, a la nieta de su amada amiga.

Ninon le trató de explicar por qué estaba allí, pero pronto abandonó la tarea al darse cuenta de que era innecesario: Romualda estaba hecha de la misma tela de su abuela; de esa que recibe a cualquier criatura sin pedir justificación. Y así fue como sin mayor protocolo, la nieta de Elvira se incorporó

al mundo de Romualda. Y aunque la joven no hubiera visto nunca antes una vaca de cerca, al mes de estar allí era capaz de distinguir de un solo vistazo las castañas dulces de las amargas; de anticipar cuando una cabra iba a parir; aprendió a reverenciar las lluvias y a temerle al viento Puelche que, caliente como el aliento del Diablo, hacía que los riachuelos se hundieran en la tierra, secándolo todo.

También se abrió para ella otro universo, más íntimo y sereno: la cocina. Es cierto que la nieta de Elvira conocía los rudimentos de la cocción de los alimentos para calmar un vientre hambriento. Pero con Romualda descubrió cómo hacer que un plato saciara el estómago y el alma. Y no sólo eso, aprendió que hay distintos apetitos que requieren particulares preparaciones. Por ello debió entrenarse en la observación profunda de sus comensales, pues quedó grabado a fuego en su alma, igual que la marca de la quemadura del horno en su antebrazo, que no todo es para todos.

Y pasó otra cosa igual o más importante. A la nieta de Elvira se le reveló el poder transformador que en ella misma operaba cuando cocinaba. Para su sorpresa, cada vez que cocinaba, ella cambiaba. Era absurdo, qué duda cabía. Nunca antes había escuchado referir algo semejante. Ni siquiera Romualda acertó a comprenderla cuando se lo contó. Pero sí, por raro que fuera, al comenzar a cocinar era una, y al terminar, otra. Más vieja, más cansada, más joven, más alegre, más ensimismada, en fin, cualquier cosa menos la que era al principio. Y eso la fascinó. Ahora conocía —e iba dominando— las riendas para sosegar su alma salvaje. Así es que al menor alboroto que sentía, corría a la cocina y con sólo embadurnarse las manos de harina, entraba en un santuario, su santuario. La nueva afición le hizo crecer caderas y mejillas, además de hacerla una cocinera famosa en la quinta de Romualda, a la que acudían los hombres hambrientos de ese pueblo habitado de fantasmas más vivos que los vivos.

Hasta la misma Romualda, que lo había visto todo en hombres y bestias, se sorprendió de esta joven ágil de manos y pensamiento. Y comprendió las razones de Elvira para mandarla con ella, por lo que se propuso curtirla con ahínco. Al cabo de un año, cuando Ninon aprobó con éxito cada prueba que le puso Romualda y sorteó airoso sus infinitas trampas, ésta decidió que debía irse. La joven sintió una rabia profunda por la injusticia de que, justamente ahora, que había vencido el miedo y la náusea de matar una gallina o de sacar los gusanos que se instalan en el ano de una oveja, precisamente ahora, su tía-abuela la expulsaba. Romualda no cedió un milímetro frente a los ruegos de la muchacha. El día de su partida, los garbanzos quedaron duros pese a las tres horas de cocción y, por si fuera poco, las gallinas se negaron a poner huevos. Pero Romualda se mantuvo firme frente a los inesperados aliados que encontró la joven. Nada ni nadie la haría desistir de su decisión. En eso, más que a una campesina, se parecía a un general romano. Y entonces Ninon recordó lo que le decía su abuela. Dar una vuelta a la manzana y volver renovada. Era cierto que las distancias ahora tenían otras dimensiones que hasta podían hacer cambiar el clima, pero era lo mismo. No quedarse quieta, eso era lo que estas mujeres le habían enseñado.

Y como la buena alumna que siempre fue, nunca más se detuvo. Todo lo que hizo y vivió desde entonces no se lo contó jamás a ninguna persona, sólo hoy a mí. Pasé toda la noche acurrucada entre sus brazos como en la época que me leía cuentos y no le avisé a nadie del momento en que había dejado de respirar. Esperé hasta que amaneciera para ella y para mí. No hubo quien comprendiera por qué no asistí al funeral de mi amada abuela Ninon, salvo —estoy segura— ella misma. Había llegado para mí el momento de ir a dar una vuelta a la manzana. Nada más (y todo).

MENCIONES HONROSAS

KLÓKETEN, VOLVERSE UN HOMBRE

FABIOLA CASTILLO ROJAS

El niño exhaló, lanzando un aliento vaporizado a la escarchada atmósfera nocturna, y no se perturbó porque el frío no le afectaba. Tras abandonar la choza ceremonial (*Hain*), su mezcla de emociones y de adrenalina lo cegaba a la embestida del gélido viento de la tundra y la caricia helada de la tierra entumecida bajo sus pies. Al contrario de sentirse mal, el niño estaba orgulloso: *“He superado la primera parte de mi ceremonia, ahora ya no soy télken (niño), soy un Klóketen”*. Avanzó con mayor ímpetu, vadeando ñirres y coihues envueltos en una pátina de hielo, absorbiendo energía de la tierra como Kiótómén, su abuela (*bai*), le había enseñado. Evocó su rostro arrugado y marchito, tal vez sería la mujer más anciana de su tribu por lo cual ejercía como *‘yecamush’* (chamán), aunque era un lugar reservado a los hombres, los *‘xo’on’*. Eso ya no era un problema, porque los espíritus *‘howenh’* comprendían que su pueblo era demasiado escaso: apenas un puñado de niños viviendo entre mujeres, casi sin hombres adultos. Su *‘ane’* (madre) murió invadida por espíritus malignos que vinieron con las *bestias claras* de las chozas de piedra. A partir de ese día, *‘bai’* Kiótómén lo cuidó junto con otros niños huérfanos de su clan, educándolo en la ley, la tradición y sus creencias. Las mujeres adultas y los pocos hombres compartían la

tarea de proveer alimento, porque los guanacos eran aún más escasos que los hombres y casi no había otra presa que atrapar. Cururos, ñandús y coipos fueron desapareciendo a medida que los rebaños crecían.

Cazar las criaturas criadas por las *bestias claras* estaba prohibido.

Inxiol era muy joven para recordarlo, pero hubo un tiempo en que su pueblo sonrió ante la llegada de aquellos extranjeros, viendo que introducían a la tierra fueguina unos deliciosos animales raros, cubiertos de lana, abundantes y fáciles de cazar. Pronto descubrieron que las *bestias claras* no comparten: acaparan, y cuando no lo hacen, sólo destruyen. Habían arrasado bosques completos para abrirse paso. Esas fieras eran extraños y pálidos seres que podían fundir su cuerpo con su otra mitad bestial (una criatura similar a un perro muy grande), o podían separarlo a voluntad. Las *bestias claras* parecen hombres, pero no actúan como tales: al igual que los espíritus oscuros de su *Hain*, ellos arrasaban con la vida por gusto, así eliminaron a los *'tohol'* (guanacos) primero, dejando a los pumas hambrientos. Después mataron a muchos pumas, los que (al igual que los Selk'nam) creyeron que los enormes rebaños de ovejas eran libres.

Inxiol desconocía todo eso, nació cuando las *bestias claras* ya reinaban en los llanos australes, sembrando la tierra patagónica de casas de piedra, fuego y sangre. Prosperaron con sus ovejas y familias, mientras el pueblo Selk'nam menguaba, hambriento y desplazado de las tierras más ricas.

Inxiol y Kiótomén eran algunos de los últimos de su raza. La ceremonia del *Hain* era un intento de continuar su tradición ancestral pese al fracaso de incluir ovejas en este rito, hace ya mucho tiempo. Cuando cazaron los nuevos animales, las *bestias claras* reaccionaron feroces matando a muchos de su gente. Ahora la cacería de su pueblo se limitaba al guanaco o en ocasiones especiales, al puma.

Así que el niño debió partir desde el *Hain* erigido al borde del bosque hacia la montaña, tierra adentro, donde todavía vivían algunos guanacos rehusándose a su extinción. Cazar con su arco un guanaco era la prueba definitiva de su adultez, acabados cuatro días de otras duras gestas impuestas a sus seis compañeros y a él. En su clan, el cazador era solitario, excepto cuando iban por el puma (lo que no solían hacer). Su número, tan reducido ahora, hacía más probable que el puma fuese por ellos que al revés. Inxiol no le temía, rara vez pudo ver alguno, desde lejos; *Kénos* guiaría sus pasos a la ventura. Con juvenil energía y optimismo se lanzó hacia lo alto en busca de su presa.

Lejos de allí, hacia el norte y el oeste, alguien más hacía lo mismo. Se movía veloz y tranquilo, experto cazador; nada apartaba al objetivo de su mente. Había aprendido a adaptarse, sabía lo que buscaba y cómo alcanzarlo. Sólo debía confiar en su instinto, además de su conocimiento profundo de las vastas llanuras. El año no había avanzado aún a la estación de los brotes, cuando el verde inundaba la otrora escarchada inmensidad. Los pastos quebradizos darían lugar a una explosión de nutritiva vegetación tierna, atrayendo múltiples criaturas y vida. Pero no todavía, hoy era invierno y el hielo no cedía su reinado, los seres reposaban a cobijo, guarecidos de la helada. Eso no era un problema, se podría decir que hasta sería algo fácil, aunque en realidad nunca lo era: presa y depredador bailaban una danza que podía ser mortal para cualquiera de ellos. Decidió tomar un descanso, los signos eran inequívocos, mas la noche es traicionera; lento era más seguro. Se durmió soñando sueños grises sin historias.

Inxiol había captado la huella, unida a despojos que bien conocía, pertenecientes a un macho imponente, digno del nieto de la *yecamush*. ¡Un regalo para su gente! Un alimento salvador que lo convertiría en hombre al fin. Caminó la noche entera, subiendo siempre, los árboles ralearon hasta casi desaparecer; su cansancio era pasajero, el niño se esforzó en ignorarlo, atento

sólo a su cometido, con sus seres amados en mente. El guanaco es vida, alimento y abrigo, la cacería no es crueldad sino supervivencia de la misma forma en que los Selk'nam han habitado esas tierras durante diez mil años. Sin acaparar, sin poseer, tomando tan sólo lo necesario y agradeciendo a los espíritus por eso, con la ayuda de los *yoalox*, *hannus* y *lakuma*, espíritus de la tierra, el bosque y las aguas. A ellos se encomendaba Inxiol en su cacería. En lo alto del monte, los pastos eran duros pero nutritivos, el guanaco podía ver el peligro; sin embargo, el niño sabía cómo burlar al viento delator para alcanzar su presa.

Ese truco eterno de cazador era conocido por todos. Ahora mismo, alguien más lo estaba usando. No demasiado lejos, al oeste, desde las blancas cumbres australes algo descendía, sediento. Buscando. Rastreando sin importar el curso del viento, porque su nariz era mucho más fina y mejor entrenada. Ya había captado la esencia de lo que perseguía, estaba pronto a hacer su movida; concentrado primero en su nariz y después en sus ojos, nunca fallaba cuando tenía algo en su mira. Ágil y resuelto, se mimetizaba con el paisaje, marchando hacia la muerte invisible.

Unos se esconden mientras otros se exponen a toda carrera, abalanzándose hacia la meta, sin importar quién los vea. Porque en los páramos congelados e inhóspitos sólo puede haber un rey. Las últimas señas halladas le decían que la choza esperaba a gran distancia de los niños desplegados, sin dudar del plural, porque desde lejos había captado muchas siluetas: se trataba de una tribu numerosa. Anticipó con cálculo frío cuántos podría capturar, antes que fuese peligroso. De cualquier manera, el largo viaje habrá valido la pena. Su marcha era más veloz, podía alcanzarlos, aunque faltara trepar un monte elevado, nada más sencillo. Inició el ascenso a la montaña sin disminuir su ritmo.

El viento estaba inquieto, cambiaba su rumbo errático sin previo aviso, hincando sus dientes helados como cuchillas en todo ser vivo, a su paso. El niño pudo atisbar al guanaco en un par de ocasiones. El hermoso ejemplar, en cambio, no había notado su presencia, ajeno a la muerte acechante. El corazón de Inxiol latía desbocado, no por la escalada sino por la excitación del premio. Su hombría le aseguraba un lugar en la tribu. ¡Iniciaría una nueva vida! Había tolerado las duras pruebas de *Hain* recordando a '*K'aux*'. *Bai* Kiótomén les contó cómo el enviado de *Kénos* había impuesto orden y enseñado buenas costumbres a su clan, legando leyes a los Selk'nam, tras derrotar al malévolo espíritu *Táita* junto a su sobrino *Táiyin*. Los espíritus descendían a enseñarles como *Kénos* lo hizo, trasmitían de ese modo la fuerza y los conocimientos divinos a su gente. Inxiol conocía bien su historia, ésta lo inspiraba durante el rito. Reptando entre pastos rudos, invisible, ya casi tenía al guanaco al alcance de su tiro. Elevó su arco ajustando la flecha, respiraba lento, concentrado; una plegaria por el *tohol* sagrado honró a su sacrificio. El vuelo del arma emplumada fue breve, como la vida de su presa. Exultante, Inxiol se levantó para ir por ella.

Alguien más atestiguaba la escena y se lo impediría. Antes de alzarse por completo, algo le cayó encima aplastando su cuerpo juvenil contra el suelo con un peso formidable; Inxiol distinguió poco de su atacante: una zarpa enorme, peluda y áspera; mas, hábil, ésta manipulaba cuerdas en torno a sus muñecas y tobillos. Pronto Inxiol se vio atrapado e inmovilizado, antes que quien lo atacó se revelara ante sus ojos para arrastrarlo; luego lo vio erguido frente a sí: ¡la *bestia clara*!

Alto y fornido, su tez de un color pálido increíble y peluda como fiera, cubierto de pieles extrañas de los pies a la cabeza. Lo miraba con destellantes ojos casi amarillos, excitado por la fiereza de su ataque, a punto de asesinarlo. El niño se resistió largo rato, pese a tener sus brazos atados a su espalda, estar amordazado y con sus pies unidos por un apretado nudo.

Quiso razonar con la fiera que parecía un hombre, pero no lo era: *‘Dame algo de tiempo, permíteme llevar el guanaco al Hain y luego seré tu presa’*. Pero no pudo decirlo, silenciado. Temiendo no tener demasiado tiempo, casi conformado, Inxiol habló en su mente con los espíritus, triste tan sólo por el destino de su pueblo. Quizá también por morir sin haber sido un hombre.

Resignado, cerró sus ojos; durante el breve instante en que lo hizo, alguien más llegó a la cima de la montaña. Alguien que también reclamaba su presa, dispuesto a luchar por ella, hambriento por la desolación de su hogar que le arrebatava su alimento. El aullido aterrado del cazador de hombres duró menos de un instante. El puma cercena el cuello más rápido que un rayo, la *bestia clara* no tuvo opción alguna. Inxiol miró aterrado cómo el puma se llevaba a la fiera gigantesca, arrastrando su cuerpo inerte y dejando un reguero de sangre. El tiempo trascurrió extraño; desde su postura, caído a tierra, sin poder moverse, Inxiol perdió la cuenta de las horas. Temía que el puma volviera por él, un terror absurdo debido a que el felino no mata por gusto y tendría alimento para largas jornadas. Siempre podría regresar por el guanaco que el niño mató o tomar la otra mitad de la bestia, que Inxiol oía relinchar a lo lejos. El hielo ambiental era un miedo más real, intentó moverse todo lo posible para reactivar su cuerpo. Pasó el tiempo y los sonidos lejanos fueron más nítidos, algunos miembros de su pueblo estaban cerca, pero no lo suficiente. Gritó a través de su mordaza, emitiendo un gemido apagado e inaudible.

La luz abandonaba su cuerpo y el niño se entregó a la paz, justo cuando un grupo numeroso llegaba. Él los oyó y con enorme esfuerzo abrió sus ojos. Las esperadas siluetas de niños Selk’nam no se aparecieron, sino un grupo grande de *bestias claras*, rodeándolo con expresiones burlonas.

Inxiol sonrió, cerrando sus ojos de nuevo para no abrirlos nunca más, abrazando su muerte como había aceptado su existencia. El frío glacial inundó todo su cuerpo y se durmió.

Algo iba mal, nadie lo había preparado para lo que venía después, pero Inxiol sabía que tras morir no habría otra cosa que descanso eterno. Sin embargo, no era lo que le ocurría. Millares de sensaciones lo embargaban, creía recordar retazos de otras, más antiguas: ambiguas percepciones ciegas de movimiento, de cambios de temperatura, incluso de comida impulsada a la fuerza dentro de su garganta. Pesadillas sin sentido invocadas por espíritus infernales, ¡*Ko'taix* ascendía desde el inframundo para atormentarlo! Podía sentirlo en la fiebre que consumía su cuerpo debilitado. Duró largo tiempo más; junto con sufrirlo, Inxiol aclaraba su consciencia. En algún momento, tuvo la fuerza suficiente para abrir sus ojos.

La luz intensa lo cegó, nunca había visto a *Krren* (el sol) arder con tanto esplendor. Había algunos otros alrededor: personas de otras tribus Selk'nam y, más aún, extraña gente vestida raro. Todos famélicos, confundidos, aterrados y moribundos, hundidos en un barro maloliente. Un poco más allá, tras una burda empalizada había una multitud de *bestias claras* (hembras, machos y crías) vestidas de manera más increíble que la del ser que tomó su vida; ninguno apartaba su vista de los niños indígenas.

Charlaban entre sí, alegres, entusiasmados por las nuevas adquisiciones del zoológico, apuntando a los Selk'nam, quienes resaltaban entre la gente de otros pueblos americanos. Muchos ojos asombrados e irónicos se fijaban en el pequeño *Klóketen*, quien casi finalizó su rito de paso a la adultez. Inxiol pudo advertir en sus ojos que para aquellos espectadores no era más que un animal, algo incomprendible para él porque sus captores actuaban como

bestias salvajes ignorantes de los principios del orden. Atónito, incapaz de comprender su hado aciago (su nueva realidad, tan alejado de su adorada tierra fueguina), Inxiol sintió rodar una gruesa lágrima por los surcos de su pintura ceremonial.

El pequeño *Klóketen* Selk'nam tuvo un último pensamiento antes de entregarse a la locura: “Extraño es el Inframundo, sin los *howenh* que conocía. Nunca seré un hombre, estoy condenado a ser un niño acosado por mis cazadores”.

TRENES Y ABISMOS

FERNANDO VALENZUELA RUIZ

Donde alguna vez estuvo la estación de trenes más austral del mundo, existe hoy un gran centro comercial que ensombrece gran parte de la costanera de la ciudad. Y pareciese que el destino nos pone en lugares que pueden ir transformándose en el tiempo, pero si uno está destinado a ese lugar, inalterablemente va a seguir estando ahí. Soy trabajador de ese centro comercial y fui un enamorado del tren. Gracias a mi abuelo tuve la suerte de conocerlo. Los clavos de los durmientes oxidados, las piedras de balasto que fijaban las traviesas, la loza de los andenes, me imagino que todo está embalsamado y petrificado bajo la gran estructura del edificio. Al igual que los recuerdos me imagino que se niegan a desaparecer. O al menos eso me gustaría.

A las afueras, siempre se ubica un hombre viejo y derrotado por los años con una gorra tipo militar de visera y un número seis al frente; vende golosinas en un improvisado puesto que a duras penas resiste los embates del clima y los reclamos de la administración del mall. Se llama Efraín. Siempre nos saludamos y a veces le compro un chocolate para lo que dura

la tarde. Su cara siempre me resultó familiar, al igual que su gorra con ese número 6 en ella. Nunca me había puesto a pensar si lo había visto en alguna parte o si era algún familiar perdido en el tiempo hasta que un buen día comencé a hacer recuerdos y miré hacia atrás, miré y recordé mis viajes en el tren del sur.

Mi abuelo siempre amó viajar en tren. Vez que podía se mandaba a cambiar y se iba de viaje. No le importaba dónde. Podía ir al pueblo vecino, así como viajar las más de 20 horas que se demoraba el tren en llegar a Santiago. Él siempre me habló de los trenes de antaño y sobre todo de las locomotoras a vapor. Alguna vez me confesó que había soñado con ser el maquinista de un tren. Por mi parte, siempre había soñado con el día en que mi abuelo me invitaría a viajar con él. Ese día llegó cuando cumplí los 7 años.

Fuimos a dejar al abuelo a la estación de trenes como tantas otras veces. Siempre que esto sucedía yo me quedaba arriba del tren hasta que el inspector tocaba su silbato avisando la partida. Cuando el tren comenzaba lentamente a desplazarse por los durmientes me bajaba de un salto y veía como mi abuelo emprendía su aventura solo. Pero esa vez, recuerdo fue diferente. Al momento de tener que bajarme mi abuelo me sujetó de los hombros y mirando juntos como el tren se iba marchando, me dijo: “hoy viajamos juntos”. Fue el momento más feliz de mi vida hasta entonces y es el recuerdo máspreciado hasta hoy. Me fui con mi abuelo mientras el resto de mi familia –hoy entiendo que todos sabían de mi viaje excepto yo– se despedían de mí reflejando mi felicidad en sus sonrisas y en sus adioses. Desde aquella vez nunca dejamos de viajar juntos.

A mi abuelo le gustaba viajar bien, viajar cómodo, sin restricciones. Así que viajábamos en el coche más exclusivo que existía: el coche departamento. Era un lujo. Las paredes estaban enchapadas en una madera color caoba muy brillante; el piso era alfombrado con una especie de felpa café, a

tono con las paredes y los muebles; dentro del departamento, con el número grabado en una pieza de bronce que colgaba de la puerta, había dos asientos, sillones más bien, uno frente al otro, con hermosos remaches que adornaban todos sus contornos. Estos sillones al momento de dormir se transformaban en una cama amplia abajo, y arriba, extendiendo un compartimiento especial, se armaba una segunda cama. Quedaba una especie de litera de absoluta comodidad.

Me es difícil explicar la emoción que sentía. Recuerdo que me quedaba largo rato mirando la lámpara colgante que se movía al compás del movimiento del tren mientras sus lágrimas de cristal iban de un lado a otro, suavemente, hasta ir quedando quietas a medida que el tren se iba entendiendo con los rieles. A pesar del largo camino, lo que siempre me gustó de viajar en tren, era que la ruta que tomaba era muy distinta a la que tomaba un bus. Con el tren uno se internaba por los campos, bordeaba los lagos, cruzaba los ríos, atravesaba los bosques; uno conocía los pueblos más olvidados de esta loca geografía y también a la gente que subía y bajaba; viajeros de un romanticismo olvidado. El tren tenía además de ese romanticismo encarnado en su piel y esa tendencia a inspirar poetas, un afán integrador, socializador y democrático. Esto lo digo porque hasta el pueblo o caserío más pequeño e insignificante tenía su estación de trenes; recuerdo la de un pueblito llamado “Chahuilco” donde el tren rara vez paraba porque nunca había pasajeros y el único que recibía al tren era el encargado de la estación que nos saludaba y nos despedía al mismo tiempo. En el tren, los asientos estaban dispuestos para que uno se viera a la cara, frente a frente, no como hoy que nos damos la espalda y rehuimos constantemente la conversación con extraños.

En el tren se agudizaban los sentidos y se convivía con ellos. Me gustaba el sonido que se desprendía de un tren en marcha y como se ensordecía el sonido y se tapaban los oídos cuando el tren ingresaba a un túnel y como al salir volvía a emerger desde las entrañas de la oscuridad. Aprendí a imitar

el sonido de un tren y a mi abuelo le encantaba cuando lo hacía y me pedía siempre que lo repitiera como la gracia tierna de su nieto. Recuerdo que me gustaba abrir la ventanilla hasta el máximo y sacar mi cabeza para sentir la fuerza de esa gran máquina que atravesaba los vientos como una gran serpiente oscilante por los caminos de Dios. Cuando hacía esto mi abuelo me sujetaba “para que no vaya a salir disparado” y me decía insistentemente que “tenga cuidado con las ramas” que de pronto cruzaban violentamente hacia el tren. Pero yo, con mi imaginación a flor de piel, fantaseaba con que eran los brazos de un ser malvado que trataban de arrancarme de mi poderosa máquina para llevarme con ellos a las profundidades del bosque, así que yo tenía que hacerles el quite y derrotarlos. Mi abuelo me observaba con amor y reía. Cuando llegaba la noche, “el rápido”, como le llamaban a ese tren, le hacía honor a su nombre. Cuando todos o la mayoría dormían aumentaba su velocidad al punto que parecía que de un momento a otro se elevaría rompiendo el viento y alcanzando las estrellas. Cada vez que íbamos viajando de noche mi abuelo me despertaba siempre alrededor de las dos de la mañana para avisarme que íbamos a llegar al puente “Malleco”, el gran viaducto de acero que atraviesa el río del mismo nombre a gran altura. Con mi abuelo teníamos el rito de despertarnos y cruzar el puente juntos. Después, volvíamos a dormir. Al despertar nos íbamos al coche comedor a desayunar huevos revueltos con tostadas. Ahí, mi abuelo siempre entablaba conversación con los inspectores y les conversaba de trenes, de máquinas y por supuesto de todo lo que lleva la vida. Todos le tenían estima no sólo por su afabilidad y simpatía sino también porque las propinas de mi abuelo eran jugosas, ya sea para que nos pusieran los mejores colchones y frazadas o bien para que le llevaran el whisky camuflado cuando pasaba el carrito con bebidas, golosinas y tragos por los estrechos pasillos del coche departamento. No le gustaba que lo observara beber. A mi edad poco y nada entendía, pero con el tiempo me fui dando cuenta que para muchos en la familia la afinidad de mi abuelo por la bebida no era una simple afición de viajero.

Recuerdo que para que él pudiera beber tranquilo me decía: “Ya, te voy a tomar el tiempo para ver cuánto te demoras en recorrer el tren de punta a punta... ¡AHOORA, YA!”.

Y yo partía corriendo atravesando los coches, uno a uno, abriendo las escotillas que los separan y saltando los abismos con maniobras arriesgadas sin importarme caer al vacío. Desde el coche departamento al coche dormitorio; del coche dormitorio al coche comedor; del coche comedor al coche bar; del coche bar al coche salón; del coche salón al coche económico; para después volver a toda velocidad. Cuando les conté esto, inocentemente a mis padres y a mi abuela, fustigaron duramente a mi abuelo por su irresponsabilidad; sin embargo, mi abuelo reía de buena gana. Y claro, después, con la distancia que otorga el tiempo, también consideré que era peligroso que un niño de 7 años cruzara los coches de esa manera. Sin embargo, mi abuelo dejaba poco al azar.

Cuando uno va creciendo los recuerdos se van distanciando hasta difuminarse en el olvido. Los lugares y las personas que uno pudo conocer de niño van quedando atrás en la memoria. Pero el olvido es parcial, nunca es total. De pronto suele suceder que uno recuerda lugares y rostros por asociación o porque uno se vuelve a encontrar con aquellos recuerdos que fueron quedando lejos. Quizás, uno puede olvidar los detalles que le dan forma al recuerdo, pero cuando uno de esos detalles emerge es cuando uno comienza a recordar. Y así fue como ocurrió:

“Ya, te voy a tomar el tiempo para ver cuánto te demoras en recorrer el tren de punta a punta... ¡AHOORA, YA!”.

Y yo partía corriendo atravesando los coches sin temor a caer en el vacío que se formaba en las uniones de los vagones. Y corría y corría, imaginando romper el récord mundial de atletismo sobre trenes. Y empiezo a hacer me-

moria y empiezo a recordar que cada vez que tenía que cruzar los vagones algo me levantaba por los aires y me hacía caer lentamente al otro lado y a salvo; parecía que al saltar flotaba y me elevaba hasta el otro lado del abismo. Pero yo seguía corriendo, porque los campeones no miran atrás y sólo tienen en su mente la meta para convertirse en campeones de todo el mundo. Pero en ocasiones miraba hacia atrás, para ver a mis rivales, para ver qué tan cerca estaban de alcanzarme y podía ver que el único que intentaba amagar mi victoria era el competidor número 6 que siempre iba muy apegado a mí, pero yo era más rápido que él, así que nunca me podía dar alcance porque mis piernas eran alas, porque yo era el número 1 y lo llevaba en mi pecho, no como mi rival que llevaba su número en una gorra que parecía de militar... Fue toda una revelación... Un viaje estelar de memoria aparecía como los pedazos de una fotografía rota que al unirse como rompecabezas no sólo muestran la imagen completa sino la historia en ella..., el recuerdo. En muchos aspectos fue una revelación. Porque pareciera que el reparto de personajes que protagonizan tu vida no desaparece, siempre están cumpliendo su rol. Uno mismo es parte del reparto de la vida de alguien y aunque no nos demos cuenta cumplimos una función que en algún momento nos es encomendada. La de este hombre, por destino o por mera casualidad, fue cuidar de mí, aunque más que por destino o casualidad, creo que nos cruzamos por la recompensa que mi abuelo tiene que haberle ofrecido mientras él disfrutaba su trago sin la carga de conciencia que yo, sin saberlo, llevaba conmigo por encargo de la familia.

Los viajes en tren se sucedieron hasta que el tren dejó de existir. Al hombre que me cuidaba en mis carreras no le vi más..., hasta veinte años después.

Cuando llegué la mañana siguiente de haber descubierto esta verdad en mi memoria hice lo mismo que venía haciendo hace tres años: me dirigí donde el viejo de mirada melancólica. Le saludé como siempre, pero esta vez

me quedé un poco más. Don Efraín, le dije, ¿usted trabajó en un tren, no es verdad? Él me miró con los ojos húmedos. “Cuarenta años de mi vida”, respondió. Pensé en contarle que yo era el niño consentido que corría por el tren alocadamente, el mismo niño que él tenía que cuidar para que no le sucediera nada malo. Pero al final, opté por no remover más los recuerdos.

“Aquí estamos los dos aferrándonos a un lugar que ya no inspira a poetas”, pensé. Le regalé una sonrisa y le compré un chocolate. Mientras apuraba el paso hacia mi trabajo miré hacia atrás, pero esta vez, ya nadie me cuidaba de los abismos.

EL SEÑOR QUE QUERÍA IRSE DEL CONDOMINIO

MARÍA CATALIÑA RUIZ SCHNEIDER

La primera vez que me fijé en el árbol gigante fue por culpa de mi gata. ¿Por qué miras ese árbol? ¿Hay un pájaro por ahí escondido? No hay nada ahí, le dije. Pero ella miraba algo, y se acercó y rodeó ese algo y olfateó, pero sobre todo miró, miró, miró, fijamente y maulló como diciéndome: “Oye, pon atención”.

Mi gata se llama Mandala y le pusimos así por su pelaje que forma unos como rombos y triángulos blancos, negros y plomos preciosos. En el lomo el dibujo es como uno que tiene mi hermana en la pared, es un círculo que si uno lo mira fijo la vista se va como hacia adentro. Sus patas son rayadas grises, blancas y negras. Es una gata especial no sólo por esto: Es porque no se le escapa nada, nada de lo que ocurre. Todo lo que se mueve en el mundo, sea polilla, tierra que tiembla, una lágrima o una hoja que se cae, alguien con mal genio, cortina con viento, luz que entra de pronto, un auto que se acerca y personas que están a una cuadra de la casa y vienen caminando, (como yo), todo, todo lo siente antes que nadie. Y todos los ruidos le hacen mover las orejas. Ella lo sabe todo.

Fue el día después de que Mandala se pusiera rara y mirara fijo ese lugar junto al árbol, que creo que fue la primera vez que lo vi. Yo recién había vuelto del colegio y me estaba comiendo un pan con mantequilla cuando seguí su mirada y ahí andaba este señor caminando desde la reja. Andaba como encorvado, como si tuviera un dolor en algún punto del estómago, se tomaba la guata después de cada paso que parecía que no podría darlo y paraba otra vez, se notaba que le costaba mucho mucho... Fue por eso que me pareció extraño. Que se demorara tanto para llegar simplemente hasta el árbol. Yo llego en un segundo, pero él llegó como en una hora y apenas apenas..., sin caerse. Yo como soy bien educado hice como que no me daba cuenta. Pero sí vi cuando se apoyó en el tronco, y miró al cielo, las nubes.

Eso me pareció extraño, porque fue mucho pero mucho rato.

Pero entonces justo la Sonia me llamó a tomar once y me distraje y no lo vi más por un tiempo. Tal vez era el abuelo de Martín que había tenido una operación y se iba a venir a recuperar a su casa. Pobre señor..., se veía tan adolorido. ¿Mi abuelo? No, no ha salido de la clínica todavía, le tienen que hacer unos exámenes, me dijo Martín, después. Entonces, pensé, tiene que ser un amigo del jardinero.

Pero la otra semana, creo que el lunes en la tarde de nuevo lo vi apoyado en el árbol y me fijé que usaba una chomba gris y sucia, pero bien bien sucia y manchada, como con tierra o no sé qué.

—¡Señoooooor! —le grité . Pero no me miró siquiera. Estaba haciendo ese gesto raro. Primero miró su muñeca, como si tuviera un reloj, pero era medio tonto eso, porque no tenía, así que me dio un poco de rabia que hiciera tantas tonteras, como ahora que estaba mirando arriba, mirando al sol tanto rato.

–¡Señoooooor! –volví a gritarle.

Y ahí me escuchó la Sonia y me preguntó que a quién le estaba gritando.

–A un señor que... (pero ya se había ido), estaba ahí recién. Qué raro, bueno, estaba mirando el sol mucho mucho rato y eso hace mal, ¿no es cierto?

–Sí, te podís quedar ciego. No lo hagas nunca –dijo cuando estaba tomando once, pero no me retó ni se reía.

–A lo mejor se fue porque se enojó de que yo le gritara, pero era para decirle eso nomás.

Pero ella no contestó. Sólo miró para afuera.

Ya sé que no es algún ayudante del jardinero porque le pregunté a Francisco si tenía un amigo que le ayudaba y que era como lento y que usaba todo el tiempo una chomba gris muy manchada y me dijo que no.

–Qué extraño, entonces, ¿quién será?

–¿Y cómo es decís tú? –me preguntó mientras cavaba la tierra de unos rosales.

Le dije eso, que caminaba apenas, que tenía una ropa vieja y sucia, y que se agarraba o sobaba el estómago porque parece que estaba enfermo.

–Entonces son ciertos los rumores.

–¿Tú también lo has visto?

–Nooo, yo no. Son inventos nomás.

–¿Y quién es? Me da pena..., verlo caminando así, quiero ayudarlo, pero desaparece... altiro, ahí, por ahí, por allá aparece... ¿Qué rumores? Pero el Francisco se corrió y no quiso hablar más, no sé por qué. “Tengo mucho trabajo, sabís, pucha estoy re atrasado con la pega”.

–Hola, señor.

–Buenas, mi cabo... Espero que no le moleste que salí a tomar un poco de aire. Han cambiado las puertas y el jardín aquí, ¿ah? Antes no había nada ..., y no se podía salir para este lado.

–Yo no sé, esto está igual desde..., desde que yo llegué.

–Ah, ya, será que usted es nuevo, mi cabo.

–¿Por qué me dice cabo?

–Ah perdón, ¿usted qué cargo tiene aquí entonces?

–¿Yo? Nada. Soy niño nomás.

–Niño..., ¿de los mandados, junior?

–Mmhh..., no.

–Miaurrr miauurrr...

–¿Y el gato es suyo?

–¿Mandala? Sí, es mi gata, la gata más inteligente del mundo.

El señor sonrió.

–A mí siempre me han gustado los gatos. Pero nunca hubo un gato aquí antes. El único animal es ese perro horrible y drogado que traen a veces para castigar o torturar a algunas...

–¿Un perro drogado? Nooo. Aquí no hay nada de eso.

–¿Ah? Bah, y ahora que lo dice, ¿qué se hicieron las casetas de los presos que estaban allá al fondo? ¿Las cambiaron de lugar?

–¿Dónde, allá? Allá está la casa del Mati y al lado la de los amigos de mi papá, los Rodríguez. Pero no están presos ellos.

–Qué raro. Este lugar no se parece nada a... ¿No estaré imaginándome o soñándote yo a ti y a este lugar, tal vez estaré alucinando o inconsciente... Sí, eso debe ser. Aquí no ha habido nunca niños –el señor se frotaba las manos nerviosamente, una y otra vez, y miraba para todos lados–. O tal vez estoy muerto. Sí, eso debe ser, al fin he muerto y estoy libre... ¿Será posible eso?...

–Ja, ja, ¿me quiere tomar el pelo? Mire señor, yo estoy aquí. Aquí. Vivo. Y yo no estoy soñando con usted (me pellizqué igual por si acaso, bien fuerte), mire, pellízquese.

–Te creo. Pero entonces, explícame, según tú..., ¿dónde estamos?

–Muy fácil. Esa de allá es mi casa, estamos en el condominio, en un día común y corriente y son las 4 de la tarde o por ahí.

–¿Condominio? ¿Y los otros entonces, dónde están? ¿A los otros detenidos que torturaban y que estaban conmigo, qué les pasó? Había otros aquí. No estoy loco. Personas reales: se quejaban, gritaban a veces, hablaban solos, yo los escuchaba. Algunos murieron aquí mismo. Casi nunca podía

verlos, nos hablábamos con pueros golpes en los muros. ¿Adónde se los llevaron? ¿Adónde...?

–No sé, señor, no sé de quiénes habla, yo no estoy loco tampoco y no los he escuchado ni los conozco.

–Te lo cuento porque tú pareces un niño bueno. ¿Sabes que aquí hay gente detenida? El hombre miró alrededor, asustado, como si alguien lo estuviera escuchando-. Es muy raro que tú no los hayas visto, o que como tú dices, no estén acá. ¿Dónde estarán? ¿Y por qué a mí me dejaron aquí?

El viento empujó las nubes y el sol alumbró justo la cara del hombre. Estaba llorando. Después sacudió la cabeza y se acarició los ojos haciendo como si se lavara la cara en seco muchas veces.

–No hay nadie que me pueda explicar nada entonces, ahora... Y tú, ¿de verdad eres un niño? ¿No eres un guardia, ni un cabo, ni un militar de civil, ni comando conjunto, ni CNI?

–Soy un niño, ya le dije. Estoy en 2° básico. Tengo 7 años y medio. Pero usted, ¿quién es?

–Yo... estoy aquí detenido... No soy nadie al parecer, ahora. Era muchas cosas, era...

Bajó la cabeza con pena y se sobó las piernas como para asegurarse de algo, pero luego se puso a mirar las copas de los árboles.

–Reconozco ese árbol, veía un fragmento de sus ramas más altas desde un pequeño orificio en la celda. Era... mi única alegría.

–¿Y alguna de estas era su casa antes?

—¡No! ¡Qué va a ser mi casa! Aquí es el lugar donde me trajeron vendado y a la fuerza. Esta no es mi casa, este sitio es lo más horrible que uno pueda imaginarse. Este lugar es muy peligroso. Aquí torturan gente. No sé cómo te dejaron entrar aquí. A lo mejor eres hijo de un guardia o un portero nuevo. Pero igual este no es lugar para un niño.

—¡No, este lugar no es peligroso, es mi casa, el patio de mi casa! Me dio rabia porque me asustó, ¿sabe? Yo lo he visto a usted varias veces, lo he mirado ir hasta ese árbol, lo hemos mirado con Mandala... El jardinero dice que aquí anda un fantasma, pero yo no le creo. Usted se parece más al papá de mi tata que ya murió que a un fantasma, claro que él no andaba adolorido, él estaba en cama la verdad, y no estaba taaan perdido como usted, eso sí. Eso sí que a veces a los viejitos muy muy viejitos se les olvidan los nombres de las calles o sus parientes. Y algunos se pierden en la ciudad y se confunden. Yo creo que eso le pasa a usted.

—¿Abuelito? ¿Fantasma?

—Disculpe, señor. Perdone, eso fue muy pesado.

—Yo sólo quiero irme —suspiró él—. Quisiera tanto volver a mi casa.

—¿Y no puede irse así caminando nomás?

—¡No! Los guardias... la reja con llave. Imposible. Me dispararían.

—No, mire ¡yo le abro si quiere! Yo sé cómo se abre el portón, hay un botón y listo. Y estoy seguro que nadie le va a disparar. Pero tiene que ser ahora porque el Rosendo, el de la garita, se va a fumar un puchito y a conversar con Francisco, el jardinero, allá en el estacionamiento del jardín de allá de más al fondo. Este es el momento para que se vaya si quiere volverse a su casa.

Mi gata llegó en ese momento y se enroscó alrededor de mis pies, luego observó y olió al hombre y también se le arrumbó, regalonéandole. Él la miró y sonrió.

–Ahora –le dije.

Sabía que no podía perder un minuto, así que me fui corriendo a la garita, le hice una seña y apreté el timbre. Él salió tan rápido, pero tan rápido que sólo alcancé a ver su sonrisa cuando ya estaba afuera junto al ciruelo en la vereda y luego nada, desapareció en el aire de la tarde.

**XVIII CONCURSO LITERARIO NACIONAL
PREMIO “STELLA CORVALÁN”
GÉNERO CUENTO 2021**

AUTORES PREMIADOS

PREMIO “STELLA CORVALÁN” 2021

~Paulina I. López Montecinos~

SEGUNDO PREMIO

~Víctor H. Sáez Alarcón~

TERCER PREMIO

~Nathalie Moreno Arqueros~

MENCIONES HONROSAS

~Fabiola Castillo Rojas~

~Fernando J. Valenzuela Ruiz~

~María Catalina Ruiz Schneider~

JURADO

Juan Carlos Díaz Avendaño, Alcalde de Talca

Herman Jamett Henríquez, Vicepresidente, Corporación Municipal Cultura.

Diego Muñoz Valenzuela, Escritor.

María Soledad Rafide Cuadra, Diplomada Literatura Contemporánea.

Cristian Montes Capó, Doctor en Literatura.

Adriano Améstica, Secretario.

GAÑADORES(AS) DEL PREMIO “STELLA CORVALÁN”

Los ganadores(as) del Concurso Literario Nacional, Premio “Stella Corvalán”, instituido por la Ilustre Municipalidad de Talca, desde el año 2004 al 2021, son los siguientes:

AÑO 2004 - POESÍA:

Bernardo González Koppmann, autor de *“Origen del Silbo y Otros Sueños”*.

AÑO 2005 - CUENTO:

Eugenia Gazmuri Vieira, autora de *“Lección de Paisajismo”*.

AÑO 2006 - POESÍA:

Marcelo Guajardo Thomas, autor de *“Víctor Sarmiento Comprende el Tedio”*.

AÑO 2007 - CUENTO:

Pablo de Carolis Yori, autor de *“En la Tarde se Conversará”*.

AÑO 2008 - POESÍA:

Juan Cameron, autor de *“Balada del Extranjero”*.

AÑO 2009 - CUENTO:

Roberto Briones Sepúlveda, autor de *“La Página en Blanco”*.

AÑO 2010 - POESÍA:

Jaime Ramos Jauch, autor de *“La Sombra de las Últimas Cosas”*.

AÑO 2011 - CUENTO:

Raúl Alcaíno Quiroz, autor de *“Falklands”*.

Año 2012 - POESÍA:

Aldo González Vilches, autor de “*Viaje a la Niebla*”.

AÑO 2013 - CUENTO:

Victoria Paz del C. Espinoza Quintriqueo, autora de “*Papá*”.

AÑO 2014 - POESÍA:

Tulio Mendoza Belio, autor de “*Oficio de Sastre*”.

AÑO 2015 - CUENTO:

María José Bilbao Guajardo, autora de “*Rubio en la Escalera*”.

AÑO 2016 - POESÍA:

Ricardo Vivallo Merino, autor de “*La Forma de las Cosas*”.

AÑO 2017 - CUENTO:

Marcial Edwards García-Huidobro, autor de “*Lo Invitaron al Baile*”.

Año 2018 - POESÍA:

Sergio Rodríguez Saavedra, autor de “*Días como Peces*”.

AÑO 2019 - CUENTO:

Sergio Sepúlveda Astudillo, autor de “*En el Mismo Lugar de Siempre*”.

Año 2020 - POESÍA:

Nicolás Meneses González, autor de “*Accidentes de Trabajo*”.

AÑO 2021 - CUENTO:

Paulina I. López Montecinos, autora de “*La Taza Rota*”.

ÍNDICE

Prólogo:

“El Arte del Bien Narrar”, Cristian Montes Capó

-07-

“*La Taza Rota*”, Paulina I. López Montecinos

-15-

“*El Arte de Rubén*”, Víctor H. Sáez Alarcón

-25-

“*La Vuelta a la Manzana*”, Nathalie Moreno Arqueros

-37-

“*Klóketen, Volverse un Hombre*”, Fabiola Castillo Rojas

-49-

“*Trenes y Abismos*”, Fernando J. Valenzuela Ruiz

-61-

“*El Señor que Quería Irse del Condominio*”, María Catalina Ruiz Schneider

-71-

Autores Premiados y Jurado 2021

-83-

Ganadores(as) del Premio “Stella Corvalán”, 2004-2021

-85-



Talca
Ilustre Municipalidad



ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA



Talca
Corporación de Cultura
Ilustre Municipalidad